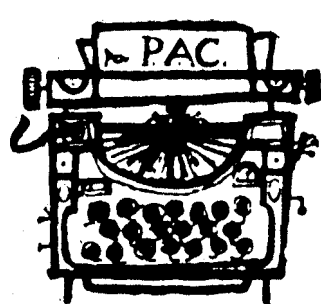


escrito a máquina



La construcción de la "Ciudad Espiritual"

La construcción de la nueva ciudad, después del gran desastre y de su consiguiente dispersión, impone a los cristianos —dondequiera que estén y cualquiera que sea su posición dentro de la Iglesia— el compromiso de levantar y reorganizar la otra ciudad, la espiritual, renovada en todos aquellos aspectos que, antes de la catástrofe, entorpecían o lastraban su misión.

Nuestra ciudad espiritual también sufrió el terremoto: el terreno que sustentaba sus relaciones humanas, sus comunidades, sus organizaciones sufrió fallas, hendiduras, dispersiones, destrucción. Sus templos destruidos son una imagen de la sacudida que sufrió en su otra dimensión. No es menos cierto también que en muchos aspectos lo destruido o perdido beneficia la posibilidad de una renovación y purificación de la vida eclesial más de acuerdo con los dictados del Concilio y de Medellín, pero, por lo mismo, es una obra ingente que exige la cooperación y el trabajo coordinado —alrededor del Arzobispo— de todos los que integran la Iglesia en espíritu y en verdad.

Desde el aspecto urbanístico, es decir, la construcción y la funcionalidad de los nuevos templos y de la Catedral —hasta la reorganización efectiva y evangélicamente viva de sus comunidades—, así como los nuevos derroteros y trabajos que debe emprender para cumplir su misión liberadora y santificadora, nuestra ciudad espiritual necesita la comunión activa de todos los cristianos para edificar, sobre los escombros, el esplendor de una Iglesia ejemplar que alumbré en las sombrías perspectivas del presente y sirva de guía —y aún de presión moral— en la fundamentación de una Nicaragua justa y fraterna.

He leído en "L'Osservatore Romano" de esta semana la crónica y las conclusiones de la VII Sesión del Consejo General de la Comisión para América Latina —que sesionó en España— y que abordó un tema vital para el desarrollo de la Iglesia en hispanoamérica, pero especialmente importante para la reorganización de la Iglesia de Managua.

El problema puede plantearse en estos términos: cómo puede subsistir materialmente el sacerdote en una Iglesia que, por una parte, debe mantener su independencia y su pura libertad evangélica frente al Estado y frente a la riqueza, y por otra parte, desea vivir a fondo la espiritualidad de la pobreza?

No todos los gobiernos son capaces de aceptar, comprensivamente, a una Iglesia que toma a su cargo la causa de los más débiles, que promueve la liberación de los oprimidos y la defensa de los derechos humanos, que, frente a los intereses políticos, reclama el bien común y —como dice la Pastoral nicaragüense— "denuncia oportuna e inoportunamente los abusos y pecados y alienta las buenas iniciativas".

Los gobiernos reaccionan cortando sus ayudas a la obra de una Iglesia cuya independencia quisieran someter —como en otros tiempos— utilizando los beneficios materiales. La Iglesia, por tanto, no puede resolver la sustentación de sus ministros y de su ministerio atendida al Estado que siempre tiende a convertir en cadena o en mordaza esta obligación de auspiciar la obra del Evangelio. Por otra parte, no anda lejos el capital en su modo de pensar respecto a la libertad evangélica. Generalmente tiende a cobrarse sus auxilios a la Iglesia y a perturbar también su independencia para lograr si se pudiera (¡y ya lo han logrado en el pasado!) convertir en una Iglesia de ricos a la Iglesia de los pobres.

En el documento final de la sesión que

registra "L'Osservatore Romano", se lee este texto fundamental:

"La Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a "evangelizar a los pobres y poner en libertad a los oprimidos", "para buscar y salvar lo que estaba perdido", así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador y se esfuerza en remediar sus necesidades, sirviendo en ellos a Cristo".

Si tomamos en cuenta que la Iglesia quiere, para servir mejor a los pobres, abandonar o variar totalmente su sistema de aranceles, el problema que plantea la sustentación del clero, puede quedar sintetizado en estas palabras: es la Iglesia toda, sacerdotes y laicos, con verdadero espíritu de comunidad, la que debe responsabilizarse, tomar sobre sí y organizar de la manera más eficaz la sustentación del clero para que pueda ser mantenida la libertad evangélica, para que el sacerdote pueda solidarizarse a fondo con nuestros hermanos los pobres y para que la independencia de la Iglesia —que garantiza la pureza de sus orientaciones— no sea socavada por dificultades económicas. Como dijo el Presidente del CELAM: "El sacerdote —consagrado por el Espíritu para el servicio del Evangelio— debe vivir a fondo la espiritualidad de la pobreza. Debe, también, quedar libre de las preocupaciones temporales y de toda dependencia que paralice su ministerio o ate la Palabra de Dios".

En otras palabras: el nacimiento de la nueva ciudad espiritual de los capitalinos nos obliga a plantearnos y a resolver —como corresponde a una comunidad solidaria— las formas materiales más prácticas y eficaces para la subsistencia y la sustentación de los que trabajan en nuestra diócesis en la obra de Cristo.

El mismo problema que vive la ciudad material y política: el problema de la dispersión (producido por la catástrofe), se ha hecho sentir en la vida de la Iglesia de Managua. Creó, sin embargo, que ha llegado la hora de convocar a la unidad.

Así como hemos visto —con dolor— que el terremoto ha agudizado en muchos el egoísmo y la voracidad agresiva contra el prójimo, así, y quizás en mayor medida, se ha producido también el fenómeno contrario: la formación e incluso la vivencia de una conciencia de solidaridad y una revitalización de los valores espirituales. Todos estos, los que han comprendido esos valores, todos los que aspiran a restablecerlos en la vida nacional, los que buscan la Justicia y creen que el objetivo de una colectividad no es la explotación de unos a otros sino la equidad; todos los que tienen sensibilidad social —porque padecen como propio el sufrimiento de los demás— deben comprender que ninguno de esos sentimientos, o ideales, o afanes de su corazón pueden adquirir dinamismo en la dispersión. "La Iglesia es esencialmente comunión". El cristianismo es esencialmente solidaridad. Derrribadas las campanas, es en el silencio de la convicción íntima y de nuestra conciencia de responsabilidad que la Ciudad Espiritual nos convoca. Su edificación depende no de un "yo", sino de un "nosotros" plural, solidario y colectivo.

Cuanto más pronto, mejor.

PABLO ANTONIO CUADRA